

La calle  
Diario de un espectador  
El tren pasa primero  
por miguel ángel granados chapa

para el viernes 29 de junio de 2007

Desde los días en que estuvo preso en Lecumberri, Demetrio Vallejo, el dirigente sindical ferrocarrilero atrajo la atención de Elena Poniatowska, que habló con él entonces (cuando no estaba *apandado*, metido en la celda de castigo). Muchos años después, la narradora y periodista lo entrevistó sistemáticamente sobre su vida y sobre su trabajo como líder de los trenistas, sobre todo las huelgas de 1959, que lo condujeron a estar preso durante los siguientes once años.

El líder murió el 24 de diciembre de 1985, en soledad, malcomprendido y aun denostado por algunos de sus compañeros de lucha. Entonces Elena decidió no publicar sus conversaciones con Vallejo como entrevistas periodísticas sino que sometió sus materiales al metabolismo literario. El dirigente real se convirtió en el imaginado Trinidad Pineda Chiñas, protagonista de la novela *El tren pasa primero*, publicado por Alfaguara en 2005 y ahora galardonado con el premio Rómulo Gallegos.

He aquí ejemplos de la prosa de Elena sobre el líder ferroviario:

“Trinidad extrañaba a la multitud, los rostros de los pasajeros tras el vidrio, el estremecimiento de los vagones de carga, los viajeros corriendo en el andén, familias enteras con su numerosa prole cargando mochilas y costales, por aquí, órale Sergio, no te me pierdas, la gente y sus urgencias, la maleta, te digo que subas mi maleta, se nos va a perder la café, la negra ya la tengo, la café es la que falta, allá abajo vi la café, ésa, sí ésa, no te digo, no entiendes que la café, los bultos humanos y los de semillas, los huacales de pollos asustados como gente, las gallinas con ojos de mujer espantada, los puercos que de algún modo adivinaban que los llevaban a matar, los sacos de cebollas confundidos con las familias que a su vez eran papas amontonadas, hójole, a estas no les quitaron ni la tierra, los empellones, los codazos, las pisadas sobre el asfalto, córrele que nos deja el tren, el polvo, la voz resonante de la gente bajo la gigantesca cúpula, su premura, su ansiedad, el viaje es una incógnita, partir es morir un poco, el llamado de lo desconocido, el olor a herrumbre, a chapopote, la variadísima gama de estridencias, las temibles ruedas a punto de arrancar sobre los rieles, el chirriar de las carretillas, ahí va el golpe, el cláxon de algún taxi afuera de la estación, qué ganas de joder, por qué tocan tan fuerte, creen que va a resolverlo todo con sus gritotes, órale, córranle, píquenle, jálenle, quítense, la manada de los cuerpos lomo contra lomo buscando la salida, eso era Buenavista, la pura vida, el estallido, la máquina del tiempo. Y luego las ventanillas entreabiertas, bájenle, álcenle, no se asomen, adiós, adiós, nos vemos, cuidense mucho, los labios de los niños ensalivando la ventanilla, ya se va el tren, adiós, escíbeme, no nos olviden, adiosito, la nariz aplastada contra el cristal, quizá no regresemos, el tren, qué gran aventura, las advertencias, qué te pasa, estás loco, te vas a caer, súbele al vidrio, no sabes viajar, va a venir un túnel y te va a decapitar, tu cabeza entre los rieles, tu cabeza pelota rodando sobre los durmientes, de aquí para allá, el bamboleo, se va el tren, el tren de la vida, se va, se fue el tren.

La locomotora vencía al aire, a la gravedad, era al progreso sobre rieles, la esperanza, la modernidad, el futuro, ¡ah, el futuro!. Los ferrocarrileros resoplaban con él, lo impulsaban con la fuerza de su voluntad, repetían: ‘La Revolución mexicana se hizo en tren, para ganar Pancho Villa volaba locomotoras y puentes. Su peor enemigo, la máquina. Sin las tropas federales enviadas por tren, vencería y por eso quería acabar con ella, hundir los rieles bajo los cascos de sus caballos, reducirlo todo a una chatarra inservible’”